

VI

Los ciclos históricos. —f) El Cid.

Desde que la crítica de Huber y Dozy disipó las nieblas acumuladas por el escepticismo de Masdeu sobre la Historia latina del Campeador, descubierta en León por el P. Risco: desde que el hallazgo y comparación de las fuentes arábigas demostró la veracidad substancial de las narraciones cristianas, aunque escritas naturalmente con diverso espíritu; y permitió seguir uno á uno los pasos del héroe en la más extraordinaria de sus empresas, la conquista de Valencia, el Cid ha sido, de todos los personajes de nuestra primera Edad Media, el que ha debido á la erudición moderna estudio más predilecto, y el que con más claridad se destaca de los oscuros anales del siglo XI. Sobre ningún personaje de aquella era, sin exceptuar á los reyes mismos, tenemos tal copia de documentos históricos y poéticos, y en medio de la incertidumbre y confusión de algunos relatos, las líneas principales de la vigorosa fisonomía del gran castellano pueden trazarse ya sin recelo, previo el contraste entre los testimonios de amigos y enemigos, y entre la historia y la leyenda, que no deben confundirse jamás, pero que en este caso, como en otros muchos, se aclaran y completan mutuamente. Lo mucho y bueno que se ha escrito sobre este argumento, en que muy pocas novedades podemos ofrecer, y la firme persuasión en que estamos de que muy pronto ha de decir la última palabra el autor de *Los Infantes de Lara*, nos mueven á proceder con mucha brevedad en este capítulo, fijándonos principalmente en lo que puede servir para explicar el origen y vicisitudes de los numerosos y cele-

bérrimos romances del Cid, que quizá dentro y fuera de España han hecho olvidar otros mejores, de diversos ciclos.

Los relatos históricos concernientes al héroe de Vivar se dividen naturalmente en dos grupos, unos de origen cristiano, otros de origen musulmán, diferencia que se funda no tanto en la lengua cuanto en el contenido, puesto que de indudable origen arábigo es una parte de la *Crónica general*. Si el vértigo de la paradoja arrastró á Masdeu (1) y á alguno de sus secuaces á dudar que de Rodrigo Díaz pudiera afirmarse otra cosa que el nombre, tal aberración tuvo antonces mismo cumplida respuesta del P. La Canal y otros eruditos, no ya con el texto de la *Historia leonesa* que Masdeu sistemáticamente rechazaba, ni con la *Carta de arras*, de que también dudó sin fundamento, sino con los privilegios y escrituras en que el Cid aparece como testigo y confirmante: con las noticias del *Chronicon Malleacense*, escrito en Francia, y de los «*Anales*

(1) *Historia crítica de España y de la cultura española*, t. XX. Madrid, 1805, págs. 147-309. *Reprobación crítica de la historia leonesa del Cid*. Termina con esta frase, memorable en los anales de la insensatez crítica: «De Rodrigo Díaz, el Campeador... nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aun su mismo ser ó existencia.»

Las cartas del P. La Canal en defensa de Risco, aunque leídas en la Academia de la Historia, no llegaron á publicarse, como tampoco una disertación que más adelante trabajó don Diego Clemencín con el mismo propósito. Pero basta recordar la sucinta y elegante biografía del Cid que en 1807 publicó D. Manuel J. Quintana entre las *de Españoles ilustres*, para convenirse de que ninguna mella hicieron en sus contemporáneos los razonamientos de Masdeu. Fuera de España tuvo algunos secuaces; en España ninguno que yo recuerde, fuera de D. Antonio Alcalá Galiano en las notas á su traducción de la *Historia de España* del Dr. Dunham. Por cierto que le costó ser demandado en juicio por un caballero particular que se creía descendiente del Cid, y no juzgaba decoroso para su linaje el proceder de un *mito*.

Toledanos Primeros», de los «*Compostelanos*», del *Cronicon Burgense*, del de Cardeña, del *Liber Regum*, escritos en diversas partes de España, sin contar con el testimonio, algo más tardío, pero autorizado siempre, de los cronistas del siglo XIII, el Tudense y el Toledano.

Pero el documento capital entre los latinos continúa siendo la *Gesta Ruderici Campidocti*, descubierta y publicada en 1792 por el P. Risco, (1) impugnada en mala hora por Masdeu con argumentos cuya vaciedad demostró Dozy, aunque encarnizándose ferozmente con aquel docto jesuita; y hoy, restituida á su pristino valor y estimación desde que en hora feliz reapareció el códice extraviado de San Isidoro de León, que puede examinarse en la Academia de la Historia. Nadie duda ya (ni paleográficamente puede dudarse), que tal Crónica fué escrita en el siglo XII, si bien algunos, como Huber, la suponen de los primeros años, y otros, como Dozy, de la segunda mitad de aquella centuria, fundándose en conjeturas históricas más ó menos plausibles. El sabio orientalista holandés, á quien es imposible dejar de citar á cada momento en esta materia, aunque no se tenga por dogma todo lo que escribió, fija aproximadamente la redacción de la *Gesta* en 1170, es decir, setenta años después de la muerte de Rodrigo.

La incertidumbre que el autor manifiesta («haec esse videtur») acerca de la genealogía del Cid, que en su tiempo debía de ser notoria, el temor de que el transcurso de los años sepulte en olvido los hechos del héroe si no acude á salvarlos la escritura (2), no pa-

(1) *La Castilla y el más famoso castellano... por el P. Mtro. Fr. Manuel Risco, del Orden de San Agustín. Madrid, 1792.*

(2) *Quoniam rerum temporalium gesta immensa annorum volubilitate praterunt, nisi sub notificationis speculo denotentur, oblivioni procul dubio traduntur, idcirco Roderici Didaci nobilissimi ac bellatoris viri prosapiam, et bella ab eodem viriliter peracta sub scripti luce contineri atque haberi decrevimus.*

recen propios de un contemporáneo, en el sentido riguroso de la palabra. Pero al mismo tiempo la ausencia de toda ficción poética, el desconocimiento absoluto de la leyenda del héroe, prueban que el cronista es anterior á ella. Y como ya el Cid era cantado en España por lo menos desde la época del Emperador Alfonso VII, según veremos adelante, parece algo tardía la fecha propuesta por Dozy, y puede sin escrúpulo retrotraerse en treinta años.

La *Gesta Ruderici Campidocti* pertenece, como la Historia Compostelana y la de Alfonso VII, á aquel género de composición retórica que abandonando la seca manera de los primitivos cronicones de la Reconquista, procuró acercarse á los modelos narrativos de la latinidad eclesiástica y aun de la clásica, si bien imperfectamente conocidos. Tal tendencia, que ya se muestra en el Monje de Silos, coetáneo de Alfonso VI, conduce por sendero cada más espacioso á las vastas compilaciones históricas de D. Lucas de Túy y del Arzobispo D. Rodrigo, marcándose los hitos del camino por las tres obras ya citadas y alguna de menor importancia. Tiene, pues, la *Gesta*, en medio de su aridez habitual, ciertos conatos de narración artística, que no procede de la epopeya, pero que tampoco puede confundirse con la historia rígida y documentada. Nadie tendrá por fidedignas en su tenor literal las cartas que el cronista supone que se cambiaron entre el Cid y el Conde de Barcelona, y, sin embargo, el artificio de estilo es tan leve, que no puede dudarse que fielmente reflejan las opuestas pasiones de los guerreros á quienes se atribuyen, sin que haya que suponer ni aquí ni en otra parte intervención alguna de la poesía épica. Se trata de un procedimiento distinto y cuya filiación es muy conocida: el de las epístolas y discursos imaginarios, elaborados con datos históricos y con cierta psicología elemental y ruda.

El espíritu de la *Gesta* es de todo punto favorable al héroe burgalés, sin que por eso disimule los hechos

que pudieran ser menos conformes al tipo ideal que en nuestra fantasía inevitablemente se engendra después de leído el magnífico y solemne poema de la vejez de *Mío Cid* (1). Colocada á medio camino entre las narraciones árabes que desconocía y las poéticas, que acaso desdeñó si algún rudimento de ellas existía, la *historia leonesa*, en la cual nada hay de maravilloso é inverosímil fuera de la grandeza misma de los hechos que refiere, es sin duda la más completa y verídica que tenemos, y la única que abarca entera la biografía del Campeador, libre de fabulosas mocedades y de tardíos aditamentos. Hay, sin duda, errores de por menor, como en toda producción de la historiografía antigua ó moderna, pero el conjunto tiene un sello de veracidad que Dozy ha hecho resaltar más que nadie. Y si bien se considera, más peca el cronista por seco y árido que por verboso, más por lo que omite ó ignora que por lo que pondera ó amplifica, sin que valga el argumento negativo de no encontrarse en su libro tal ó cual noticia para tenerla por sospechosa, cuando por otra parte la confirman testimonios de moros y cristianos.

Las memorias árabes se refieren casi únicamente á un período de la vida del héroe, el de sus campañas en Aragón y Valencia, y con más extensión al sitio y toma de esta ciudad. La relación más detallada se encuentra en un libro de historia literaria, el *Tesoro* de Aben-Bassám (1109), que trata de los poetas y de los escritores en prosa rimada que florecieron

(1) Notable muestra de imparcialidad es, por ejemplo, el pasaje en que el anónimo cronista refiere cómo el Cid devastó la Rioja para vengarse del conde García Ordóñez de Nájera: «*Ingentem nimirum atque moestabilem et valde lacrimabilem praedam, et dirum et impium atque vastum inremediabili flamma incendium per omnes terras illas saevissime et inmisericorditer fecit. Diva itaque et impia deprædatione omnem terram praefatam devastavit et destruxit, ejusque divitiis et pecuniis atque omnibus ejus spoliis eam omnino denudavit et penes se cuncta habuit.*»

en el siglo V de la Hegira. Uno de estos escritores es Aben-Tahir, príncipe murciano, que había asistido á la caída de Valencia; y en su biografía encontró Dozy el largo pasaje sobre el Cid, que publicó, tradujo y comentó con singular esmero, dándole quizá una importancia desmedida, que otros han exagerado todavía más (1).

Sin querer disminuir en modo alguno el precio singular de este fragmento, anterior en treinta y dos años á la más antigua mención del Cid en las crónicas latinas: posterior en sólo quince á la toma de Valencia, y en diez á la muerte del Campeador, y basada en palabras y cartas de un testigo presencial, no ha de olvidarse la discreta prevención que hace Dozy antes de copiar esta ampulosa relación: «Aben-Bassám no es un historiador, es un retórico: se engaña algunas veces, sobre todo en las fechas: como escribe en prosa rimada, emplea de vez en cuando frases pomposas que dicen más de lo que el autor ha querido decir: sacrifica algunas veces la verdad histórica á la rima».

De todo esto inferirá cualquier prudente lector que el *Tesoro* de Aben-Bassám debe explotarse con mucha cautela, aquilatando los hechos y reduciendo á su justo valor las declamaciones y figuras retóricas, propias del extravagante y depravado gusto de Aben-Tahir y de su biógrafo. Y, sin embargo, Dozy, que tan bien conocía los puntos flacos de la *Dajira* que publicaba, funda en ella, más que en ninguna otra escritura, su concepto histórico del Cid, toma al pie de la letra

(1) *Recherches sur l'histoire politique et littéraire d'Espagne pendant le Moyen Age* (Leyde, 1849). Debe preferirse la tercera y definitiva edición de 1881, pero sin perder de vista la primera, que tiene muchas cosas suprimidas ó alteradas después.

El libro de D. Manuel Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador* (Madrid, 1857) es una refundición ó adaptación española de la monografía de Dozy, pero el autor demuestra conocimientos de lengua árabe y hace algunas rectificaciones geográficas.

las injurias pomposas que el retórico árabe lanza contra el más formidable enemigo de su raza y de su ley, no duda de ninguna de las acusaciones que el odio de los vencidos acumuló contra él como en todo tiempo y nación se han acumulado sobre todos los conquistadores y domadores de pueblos; se complace, por el contrario, en ennegrecerlas, y parece cerrar los ojos y los oídos á aquellas otras palabras del mismo Aben-Bassám, que explícitamente confiesan y reconocen la magnanimidad y excelsitud del héroe burgalés.

No puedo creer, como suponen algunos, que en esta posición del orientalista holandés entrase por mucho el sentimiento de animadversión contra las cosas de la España cristiana. Era Dozy hartamente escéptico para tomar con pasión las querellas de moros y cristianos en el siglo XI. Lo que indudablemente guió su pluma fué ese mismo afán de la paradoja que él con tanta justicia achaca al P. Masdeu; cierta intemperancia agresiva que estaba en el fondo de su temperamento literario y le hacía encarnizarse á la continua con grandes y pequeños, á veces por cosas de mínima entidad; y sobre todo el empeño romántico, muy propio de los años juveniles en que publicó su primer libro, de crear una figura del Cid enteramente nueva, y á sus ojos más novelesca é interesante que la conocida, aunque sólo la aventajase en ser más brutal y truculenta. Así con noticias de varia procedencia, hábilmente agrupadas é interpretadas por la fantasía de un sabio artista que veía muy bien el lado anecdótico y pintoresco de la historia, aunque alguna vez se engañase en la apreciación del conjunto, nació el tipo, en gran parte imaginario, del Cid *condottiero* y soldado de fortuna, asalariado indistintamente por cristianos y musulmanes, devastador de comarcas enteras y saqueador de iglesias, cruel en sus venganzas y pérfido en sus tratos, medio moro en su vida y hasta en sus vestimentas, salido de la obscuridad más profunda para vencer á casi todos los príncipes de España y con-

quistar por la pujanza de su brazo y las artes de su política una verdadera soberanía en Valencia, rigiéndola por algunos años á guisa de déspota oriental. No hay duda que el Cid, presentado de este modo, impresionó la imaginación con todos los atributos del poder y de la fuerza, de la astucia y de la osadía triunfante: carece de la belleza moral y patriótica del Cid tradicional, pero tiene cierta grandeza siniestra que fascina cuando se leen las calientes páginas de Dozy y permanece imborrable en la memoria. Falta saber si esta imagen es tan conforme á la realidad como pudiera creerse por el grande aparato erudito de que se presenta escoltada.

Con el énfasis característico de la prosa poética nos cuenta Aben-Bassam que Ahmed-ben-Yusuf-ben-Hud, rey moro de Zaragoza, viéndose acosado por las tropas del Emir de los Musulmanes (es decir, de Yusuf-ben-Texufin, caudillo de los Almoravides), «azuzó contra él á un perro gallego llamado Rodrigo y por sobrenombre el Campeador: hombre habituado á encadenar prisioneros, á arrasar fortalezas, á reducir á sus adversarios al último extremo de la ruina. Había dado muchas batallas á los reyezuelos árabes de la Península, causándoles males y quebrantos sin cuento. Los Beni-Hud (familia reinante en Zaragoza) le habían hecho salir de la obscuridad, sirviéndose de su apoyo para ejercer violencias excesivas, para ejecutar viles y miserables proyectos; le habían entregado las más bellas provincias, por las cuales había paseado triunfante su bandera, desbaratando cuantos ejércitos se le opusieron. De este modo su poder había crecido sin medida. A la manera de un buitres había saqueado todas las provincias de España. Cuando Ahmed, de la familia de los Beni-Hud, temió la caída de su dinastía, y vió que sus negocios se embrollaban, determinó poner al Campeador delante de él como escudo para contrastar la vanguardia del Emir de los Musulmanes. Le proporcionó ocasión de entrar en el

territorio valenciano, le dió dinero, y le excitó á pisotear y abatir á los guerreros que se le pusiesen enfrente.» Es de suponer que para esto último no necesitase el Cid grandes excitaciones.

Prosigue narrando Aben-Bassam en el más estrambótico estilo cómo «el tirano que Dios maldiga» puso sitio á Valencia. «Se aferró á esta ciudad como el acreedor se aferra al deudor: la amó como los amantes aman los lugares donde han gustado los placeres del amor. La privó de viveres, mató á sus defensores, la causó todos los males posibles, la amenazó desde todas las colinas próximas. ¡Cuántos misteriosos recintos, donde nadie osaba penetrar ni con el deseo, y cuya belleza eclipsaba á la luna y al sol, fueron profanados por este tirano! ¡Cuántas encantadoras jóvenes, que se lavaban el rostro con leche, y cuyos labios rivalizaban con el coral, se desposaron con las puntas de las lanzas de sus mercenarios, y fueron holladas por sus pies insolentes como si fuesen hojas secas que arrastra el Otoño!».

Después de esta efusión lírica acusa al Campeador de haber quebrantado la capitulación que le abrió las puertas de Valencia, y narra el hecho espantoso de haber atormentado y hecho quemar vivo al Cadi Aben-Chájaf, so pretexto de cierto tesoro que había retenido fraudulentamente.

Imposible es negar esta bárbara ejecución, que subleva la conciencia moral de nuestros tiempos. Afirmada está, en substancia, si no en cuanto á la calidad del suplicio y á los crueles refinamientos que en él supone Aben-Bassam, en otro documento de origen musulmán, pero de carácter más histórico y respetable, en la Crónica del sitio de Valencia, que literalmente traducida entró en la *General* de Alfonso el Sabio, como luego veremos. Pero hay entre los dos relatos arábigos diferencias substanciales, y en el de la *General*, que parece más coherente y verosímil, las cosas se presentan de tal modo, que la muerte de Aben-

Chájaf, tanto ó más que un acto de tiranía del Cid parece un acto de venganza de los alfaquies moros, que fueron los que juzgaron y condenaron al Cadi y á sus secuaces en número de veintidós, y los llevaron con gran alboroto á apedrear, no á quemar. Ha de saberse que Aben-Chájaf (el Abenjaf de nuestras *Crónicas*), era, según confesión del mismo Aben-Bassam, un traidor odioso á los dos partidos por sus infamias y perjuros, que había asesinado á su legítimo rey Aben-Dinun, por codicia de sus tesoros, y que puesto al frente de los valencianos sitiados se había mostrado tan inepto y de pocos ánimos, que no tardó en abandonarle la pequeña tropa almoravide que había tomado á sueldo para consumir su usurpación. Cuando Valencia cayó en poder del Cid, ó por capitulación y después de largos tratos, como dicen los árabes, ó entrada por fuerza de armas, como afirma la *Gesta* latina, y no parece inverosímil, dado el extremo de miseria y hambre á que habían llegado los cercados, toda la ira de los vencidos debió de recaer sobre Aben-Chájaf. El Cid, en quien no hemos de suponer una moralidad política que sería difícil descubrir en ningún héroe militar de tiempos tan rudos colocado en circunstancias análogas, se aprovechó de esta explosión de los odios populares para librarse de un personaje que le era molesto, tendió un lazo á su avaricia y le hizo condenar por regicidio y perjurio conforme á los términos de la ley musulmana: ciertas eran las acusaciones, graves y probados los delitos, feroz la penalidad, á estilo del tiempo, dudosa la capitulación, y, por tanto, su quebrantamiento; sin contar con que todo esto lo sabemos por narraciones de enemigos, que ni siquiera están conformes en cuanto á la manera del suplicio, si bien Dozy por su propia autoridad declara apócrifo este detalle de la *General*, y supone que Alfonso el Sabio, no encontrando descrita en el libro árabe que traducía la muerte del Cadi, le mató á su manera. Manera es ésta de salvar á poca costa todas

las incongruencias y dificultades que los textos históricos ofrecen á cada paso.

Lejos de mí el pueril intento de presentar al Cid de la historia como limpio de las impurezas de la realidad, y perfecto dechado de todas las virtudes cristianas y caballerescas. Si tal hubiera sido, jamás la epopeya se hubiera acordado de él. Para los héroes perfectos están las oraciones fúnebres, el *Flos Sanctorum*, los discursos académicos, las odas de certamen. La musa popular jamás ha cantado á San Luis ni á San Fernando. Necesita héroes más á su nivel, que participen más de sus debilidades, que hayan pasado por conflictos más dramáticos, que hayan usado y abusado de la fuerza humana en grandes ó pequeñas empresas. Cierta grado de brutalidad y fiereza cuadra bien al héroe épico: ciertos rasgos de carácter discolo y altanero le realzan: parecería achicado si fuese más sumiso y timorato. Las estratagemas y tratos dobles no le deshonoran, y son tan primitivos como las grandes hazañas, porque la astucia ha madrugado en el mundo tanto como el valor, y Ulises es tan antiguo como Aquiles. En el mismo poema de *Mío Cid*, obra de elevación moral incontestable, el episodio de las arcas llenas de arena y dadas en prenda á los judíos de Burgos, debió de parecer á los oyentes treta chistosísima, y sólo en una edad más refinada pudo ocurrírsele á un romancerista culto el sutil recurso de que en aquellas arcas había quedado soterrado el oro de la palabra del Cid (1). Algún vislumbre de supers-

(1) En obsequio de la verdad, debe añadirse que ya sintió algún escrúpulo el autor de la refundición del Poema utilizada por el Rey Sabio para la *Crónica General*, puesto que pone en boca del Cid estas palabras: «mas si Dios me diere consejo, yo gelo emendaré e pechargelo he todo». Y más adelante devuelve, en efecto, por medio de Martín Antolínez, los seiscientos marcos á D. Rachel y á D. Vidas: «et dezit les que me perdonen, ca el engaño de las arcas con cuyta lo fiz».

tición militar atávica é indígena, como la de los agüeros (que hallamos también en la leyenda de los Infantes de Lara y en otras) contribuye al prestigio poético de su fisonomía (1), sin comprometer la pureza de su fe cristiana, ardiente sin duda, pero sencilla, como de rudo batallador y no de pio anacoreta. La especie de indiferentismo religioso que Dozy le atribuye es una invención paradójica, basada en meras exterioridades como la de vestir el traje árabe, cosa muy natural en quien vivía entre musulmanes y los tenía por vasallos. Las alianzas con infieles y el militar á sueldo suyo, aun contra principes cristianos, eran corrientes en el derecho público de la época, y privilegio inconcuso de los ricos-hombres, según se desprende de la lectura del *Fuero Viejo de Castilla*, y aun puede añadirse que el Cid no abusó de él como muchos otros, pues no consta que aun en el tiempo de sus mayores agravios con Alfonso VI hiciese acto formal de desnaturamiento. Que en algún apuro de sus campañas aventureras echase mano de la plata de las iglesias, y fuese por ello acusado de profanarlas y violarlas sacrilegamente, nada tiene de inverosímil, aunque sólo lo afirme la carta atribuida á su enemigo Ramón Berenguer por el cronista latino (2). Era acusación vulgar en aquellos tiempos, y los castellanos se la hicieron á Alfonso el Batallador, como vemos en la *Crónica del anónimo de Sahagún*. Harto ensancharon los dominios

(1) *A la caída de Bivar ovieron la corneia diestra,
E entrando á Burgos ovieron la siniestra.*

(Poema del Cid, v. 11 y 12.)

«*Videmus etiam, et cognoscimus, quia montes, et corvi, et cornelae, et nisi, et aquilae, et fere omne genus avium sunt dii tui, quia plus confidis in auguriis eorum quam in Deo.*» (Carta del Conde de Barcelona al Cid en la *Gesta latina*, pág. XXXVI de la edición del P. Risco.

(2) *Deus autem vindicet suas Ecclesias quas violenter confregisti et violasti.*

de la ley cristiana el conquistador de Valencia y el de Zaragoza, heroico mártir en Fraga, para que aun siendo ciertos, puedan pesar mucho sobre su memoria tales desafueros, propios de la licencia y anarquía de un siglo bárbaro.

Querer juzgar al Cid con el criterio de otras edades puede llevar al historiador, según sean su temple y sus creencias, á dos aberraciones, igualmente lamentables: ó á intentar el proceso de canonización del héroe, de lo cual dicen que formalmente se trató en tiempo de Felipe II, ó á convertirle en un bandido afortunado, que viene á ser la tesis de Dozy y sus numerosos discípulos. El *perro gallego* de Aben-Bassam no nació de la nada, ni necesitó que los Beni-Hud le tendiesen su mano protectora cuando ya su nombre corría con gloria por toda España, y ellos y los demás reyezuelos de la morisma temblaban de él y procuraban comprar su apoyo ó su neutralidad con dones y homenajes. Descendiente por su padre de los jueces de Castilla, y por su madre de un conde ó gobernador de las Asturias, era de calificado linaje ya que no de primera nobleza, y él la acrecentó con sus hechos y pudo darla á los reyes mismos, juntando su sangre con la de las casas soberanas de Navarra y Barcelona. Alférez ó jefe de la milicia castellana en tiempo de D. Sancho II, á su esfuerzo y maña se habían debido principalmente las victorias de Llantada y Golpejares. El había sido uno de los doce *compurgadores* (y probablemente el principal) que exigieron á Alfonso VI el juramento de no haber tenido parte en la muerte de su hermano: acto de entereza civil, que á los ojos de la leyenda, muy bien inspirada en esto, tuvo más brillo y resonó más largamente en los cantares que sus triunfos personales contra el valiente navarro Jimen García, contra el sarraceno de Medinaceli y contra los quince zamoranos, aunque de ellos naciera el dictado de *Campeador* con que muy pronto empezó á designarsele. Mucho antes de su primer destierro habían oído

con terror su nombre los reyes de Sevilla y de Granada, los condes de Cabra y de Nájera. Cuando en 1081 comenzó á guerrear por su cuenta, *ganando su pan* á lanzadas, fué árbitro de los destinos de Aragón y no obscuro mercenario á sueldo de los Beni-Hud, aunque los explotase como tributarios. Dos veces derrotó y prendió al Conde de Barcelona, y si en estas victorias, como en la que logró sobre el rey de Aragón Sancho Ramírez, pudo regocijarse la morisma de que los cristianos se destrozasen entre sí y por cuenta ajena, ¿quién ha de negar el gran servicio que el Cid prestó al cristianismo y á la civilización de Occidente, conteniendo casi solo el formidable empuje de las fanáticas hordas almoravides, vencedoras de Alfonso VI en Zalaca y en Uclés: nube de langostas que abortaron los arenales de la Libia para abrasar hasta el último retoño de la brillante cultura arábigo-andaluza tan floreciente en los reinos de Almotamid el de Sevilla y de Almotacín el de Almería? Cuando en 1094 el proscrito burgalés, con su hueste allegadiza, entró triunfante en Valencia, en uno de los emporios marítimos de la España musulmana, adelantándose poco menos de siglo y medio al más glorioso de los reyes de la casa de Aragón, puede decirse que la Reconquista española salvó una de las crisis más terribles y decisivas de su historia. Recuérdese que la línea del Ebro estaba en poder de los musulmanes, dueños todavía de Zaragoza, Lérida y Tortosa: que los estados cristianos de Aragón y Barcelona no se habían unido aún y eran pequeños y débiles: que era reciente y no bien afianzada la conquista de Toledo; y que el Cid, ocupando á Valencia y á Murviedro, interponiéndose entre los Beni-Hud y los Almoravides, inutilizando á los primeros y venciendo á los segundos, resguardaba no sólo la España oriental, sino la del centro. Las conquistas del Cid duraron lo que su vida: ni él mismo hubiera podido mantenerlas á tal distancia de Castilla y con tantos enemigos diversos; pero el efecto moral fué

grandioso y trascendió á toda la cristiandad (1), como más adelante la conquista de Almería por el Emperador Alfonso VII, aunque fuese igualmente efímera. Fué una toma de posesión anticipada, que marcó el rumbo para la reivindicación definitiva.

Que el Cid tuvo, más ó menos claro, el sentido de su misión histórica y providencial, lo declaran, no los cronistas y poetas cristianos, sino el mismo Aben-Bassam, cuyo testimonio ha servido para infamarle. Suyo es el espléndido elogio que va á leerse: hombre extraordinario tuvo que ser quien podía arrancarlos tales de sus enemigos: «El poder de este tirano fué creciendo, de suerte que pesó sobre las cimas más altas y sobre los valles más hondos, llenando de terror á nobles y plebeyos. He oído contar que en un momento en que sus deseos eran muy vivos y su ambición extrema, pronunció estas palabras: «si un Rodrigo perdió esta península, otro Rodrigo la reconquistará». ¡Palabra que llenó de espanto los corazones de los creyentes, haciéndoles pensar que lo que temían y recelaban sucedería muy presto! Este hombre, que fué el azote y la plaga de su tiempo, era por su amor á la gloria, por la prudente firmeza de su carácter y por su valor heroico, uno de los milagros del Señor. La victoria siguió siempre la bandera de Rodrigo (¡maldígale Alá!): triunfó de los príncipes de los bárbaros: combatió muchas veces á sus caudillos, tales como García el de la boca tuerta, y el príncipe de los Francos (es decir, el Conde de Barcelona) y el hijo de Ramiro (es decir, el rey de Aragón), y con escaso número de soldados desbarató y puso en fuga sus numerosos ejércitos. Hacía leer en su presencia los libros de las gestas de

(1) De ello dan testimonio las solemnes palabras con que el *Chronicon Malleacense*, escrito en el Mediodía de Francia antes de 1134, registra la muerte del héroe: «*In Hispania, apud Valentiam, Rodericus Comes, defunctus est, de quo maximus luctus christianis fuit et gaudium inimicis paganis*».

los Árabes, y cuando llegó á las hazañas de Al-Mohallab, cayó en éxtasis y se mostró lleno de admiración por este héroe». Rasgo curioso éste de la afición del Cid á la historiografía musulmana, y del generoso entusiasmo que en él suscitaban los antiguos guerreros del Islam, inflamando su ardor bélico con la lectura de sus proezas.

Además del *Tesoro* de Aben-Bassam, proporcionan interesantes noticias sobre el Cid, una crónica del siglo XII llamada *Quitab-el-Jetifá* (que antes de Dozy aprovechó Gayangos en las notas de su *Al-Makkari*) y varios textos árabes posteriores. Pero ninguno iguala en importancia á uno cuyo original se ha perdido, conservándose sólo su versión castellana, sumamente literal al parecer, en la cuarta parte de la *Crónica General* y en las derivadas de ella, incluso la particular del Cid. Es un minucioso relato de la conquista de Valencia, atribuido por los redactores de la *Crónica* á un moro llamado Abenfax ó Abenalfange («et dixo Abenfax en su arábigo, onde esta estoria fue sacada») y de todos modos obra personal y auténtica de uno de los sitiados, escrita con espíritu musulmán, desfavorable al héroe, y contrario de todo punto al que reina en los demás capítulos de la extensa biografía que en el gran libro de Alfonso el Sabio se le consagra. La narración del historiador arábigo es tan minuciosa, que llega á dar en varias ocasiones la tarifa de los precios á que llegaron los víveres durante la carestía del cerco. Incluye una elegía sobre la pérdida de la ciudad (1),

(1) El texto árabe en caracteres vulgares de esta elegía que se halla en la *Grant Cronica de Espanya*, compilada por orden del Maestre de San Juan, Fernández de Heredia (1385), y que fué publicado en las notas al *Cancionero de Baena* (1851), no puede ser, según Dozy, el original compuesto en el siglo XI, porque está lleno de barbarismos y solecismos, y además, ni siquiera conserva la forma métrica; sino una retraducción del texto español hecha á fines del siglo XIV y á petición de Heredia, por algún judío que conocía mejor ó peor el árabe vulgar.